



## “Fui migrante y me acogiste” ...

Esas posiblemente serían las palabras de Jesús si hoy le preguntáramos qué opina sobre las migraciones. Porque, si lo pensamos detenidamente, esta pequeña y humilde **familia de Nazaret** necesitó que le abrieran las puertas del corazón y de un hogar en dos oportunidades: en Belén cuando el niño estaba por nacer y luego en Egipto, cuando **atemorizados huían del peligro** hacia tierras desconocidas.

Dos milenios después la situación vuelve a ser la misma. Cientos de familias centroamericanas partieron de sus hogares en un **verdadero “Éxodo”**, huyendo de la pobreza y la violencia generadas por estructuras de poder y de codicia que han desencadenado en sus países **el caos, el hambre, la enfermedad, el miedo...** en **últimas la falta de la vida digna** que todo ser humano merece tener.

Luego de días caminando, de soportar el cansancio, las inclemencias del tiempo, el dolor y la enfermedad, miles de personas (aproximadamente 5,000) llegaron **el lunes 5 de noviembre** a Ciudad de México. Eran mujeres, hombres, niños, niñas, jóvenes y adultos cuyos rostros **reflejaban cansancio**, en medio del cual sus voces **hablaban de esperanza y de un sueño**: el de una vida mejor para ellos y para sus seres queridos que se quedaron en Honduras, en El Salvador o en Guatemala.



Ahora, para muchos de quienes tuvimos el privilegio de verlos, de escucharlos, de acompañarlos por algunas horas ya no son una simple estadística, **no son solamente noticias** en la radio, en la tele o comentarios en las redes sociales; ahora en nuestra mente y en nuestros corazones son rostros con nombres propios y **con historias reales**: Erick, Kevin, Valeria, su bebé, son seres humanos de carne y

hueso, enfermos y cansados tras largas y agotadoras ante todo sus sueños.



Quince días después llegó la segunda caravana, la de “**salvadoreños**”, con las mismas situaciones, con el mismo cansancio, con la misma fragilidad y con las mismas esperanzas.

Estuvimos **unidos, ONGs**, las hermanas de la Familia de la Cruz (las Oblatas, las Hijas del Espíritu Santo, las Misioneras Eucarísticas de la Santísima Trinidad), otras instituciones religiosas y Misioneros del Espíritu Santo, haciendo cuánto pudimos para que **se sintieran acogidos**, para mitigar su sed, su hambre, para calmar su frío, para sanar sus heridas y su enfermedad; sabiendo que, aunque deseáramos lo contrario, ellos **pronto partirían**, pues su sueño era “cruzar la frontera de Estados Unidos”, trabajar y ganar allá lo suficiente para ellos y para sus familias en Centro América.



De preocupación ante su futuro y ante el futuro de la humanidad. De esta humanidad a la que el Padre le dio una “Casa” que dividimos y demarcamos con fronteras que nos separan, nos alejan y hacen que veamos a quienes no están dentro de “nuestro territorio” con desconfianza y recelo. Todo ello a pesar de que este Padre Bueno nos envió a Su Hijo para que entendiéramos que somos sencillamente hermanos, habitantes de Su “Casa Común”.

*Que esta época de Adviento y Navidad nos ayuden a reflexionar sobre cuál debe ser nuestro papel ante estas situaciones, nos ayuden a crecer en humanidad y a entender que María, José y Jesús siguen caminando, siguen “pidiendo posada” y siguen esperando que se abran puertas: de territorios, de oportunidades, de mejores condiciones de vida y especialmente, las “puertas de nuestro corazón”.*

Gloria y equipo de Dignidad y Solidaridad

